

Del aleph a la diseminación

WALTER BENJAMIN:
HISTORIA DE UNA AMISTAD
GERSHOM SCHOLEM

INTROD. Y TRAD. DE J. F. YVARS Y V. JARQUE
DEBOLSILLO. BARCELONA, 2007
348 PÁGINAS, 8,95 EUROS

JUAN MALPARTIDA

Este libro es el relato de la amistad de dos intelectuales judíos, de lengua alemana, durante uno de los periodos más terribles, confusos y creativos de Europa: desde el 21 de julio de 1915 hasta febrero de 1940. Scholem, como también en cierto momento Benjamin, se opuso a la corriente asimilacionista de la comunidad judía. Pensó la historia desde la perspectiva del exilio de Dios, en la medida en que la Revelación lo es de la primera letra del aleph, y por lo tanto la historia es la hermenéutica y la heurística de esa ausencia. Matemático, dedicó sin embargo sus estudios a la mística judía y a la Cábala. Benjamin, en cuya obra hay un fondo teológico indudable, está más cerca, en cierto sentido, de Kafka (por mucho que Scholem lo acercara hacia la ortodoxia), es decir: perdido en la cuenta innumerable de los fragmentos, en lo que los prologuistas de esta obra denominan «teología dispersa». A su vez, no es el fragmento enajenado (y teológicamente cómico) del autor de *El proceso*, sino el que es asistido por la experiencia única, de ahí su pasión por el surrealismo y por el coleccionismo, así como por las correspondencias.

Scholem tuvo una pasión concentrada por el judaísmo, mientras que Benjamin se interesó por las artes, los signos de la ciudad, la filosofía de la historia (no por la historia, que ignoraba tanto como el presente político y social), la novela y la poesía. Scholem se dedicó al «gran secreto» (Dios), mientras que su amigo tenía pasión paranoica por el secretismo (la ambigüedad de los otros). El Scholem erudito no pronuncia el nombre de Dios y le gusta conectar a sus amigos, en cambio Benjamin aísla los uno de los otros y evita pronunciar sus nombres. El primero era de ánimo equilibrado, el segundo melancólico y desde 1930 acariciaba la idea del suicidio. Ambos fueron sobre todo intérpretes: Scholem partía de muy poca cosa, aunque con gran fuerza germinativa, y Benjamin de lo vasto de la existencia. Aunque creía en la Revelación, a diferencia de Scholem se olvidaba de ella con facilidad. Le gustaban Anatole France y Proust; amaba el barroco y el estilo de Kant. Dora, su mujer en una época, confesó a Scholem «que su espiritualidad se oponía a su Eros.» Las diferencias entre Scholem y Benjamin fueron con relación a la cercanía de éste al materialismo dialéctico, aunque tuvo del marxismo una visión heurística alejada del dogma. ■



**ACERCAMIENTO
A LA RELACIÓN
ENTRE DOS
INTELECTUALES
JUDÍOS DESDE 1915
HASTA 1940**



**ENTRE LO
PRIMITIVO
Y LO MODERNO,**
EL TURISMO
SE CONVIERTE
EN MENSAJERO
INSTANTÁNEO DE
LOS PARABIENES
DEL CAPITALISMO
GLOBAL. ARRIBA,
A LA IZQUIERDA,
UN GRUPO DE
JAPONESES
VISITA EL CASCO
HISTÓRICO DE
CÓRDOBA



VALERIO MERINO

EL TURISMO Y LA UTOPIÍA

LUGARES DE ENCUENTRO VACÍOS
DEAN MACCANNELL

TRADUCCIÓN DE ANA ALCAINA PÉREZ
MELUSINA. BARCELONA, 2007
351 PÁGINAS, 22 EUROS

JORDI CARRIÓN

Chris Rojek –que acuñó en los años 90 el término «post-turista» para definir a un nuevo sujeto turístico que se relaciona irónicamente con el *tour* y con el espectáculo que consume, disfrutando de su impostura– fue el responsable de que Dean MacCannell (Washington, 1940) publicara, en 1992, su segunda obra importante dedicada a la sociología del turismo, *Empty Meeting Grounds*; propició, por tanto, la posibilidad de volver a leer al autor de *The tourist: A New Theory of the Leisure Class* (1976), probablemente el libro más importante de reflexión teórica sobre el turismo posmoderno que se ha escrito hasta el momento (*El turista. Una nueva teoría de la clase ociosa*, Melusina, 2003).

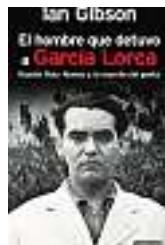
En 1976, MacCannell vindicaba la figura del turista como la de un laboratorio de transformación social en el marco de la globalización, donde las masas de turistas se desplazan hacia las periferias al tiempo que la población marginal lo hace hacia los centros. Turista *versus* desplazado/migrante: cara y cruz de lo que MacCannell llama la «conciencia desterritorializada». El turista consume; el desplazado o migrante imagina. Y esa tensión, nos dice, está cambiando la realidad.

¿QUÉ SIGNIFICA SER HUMANO?

Al contrario que Heidegger *et alia*, MacCannell apuesta por la posibilidad de *decir* lo real y de alcanzar una «verdad posible». Al contrario que Augé y sus no-lugares, ve en los neo-lugares de la posmodernidad posibilidades utópicas, «un espacio libre teórico entre interlocutores» y «el reino de la posibilidad para el futuro de las relaciones humanas que surge en y entre las diásporas». Lo que importa es *lo humano* y éste se da en *la comunidad*: a su preservación,

metamorfoseada, se consagra el esfuerzo del sociólogo y semiótico, que investiga tanto sobre el terreno como en los textos de la modernidad.

La tesis más importante del libro apunta, precisamente, hacia una interpretación de qué significa ser humano. Nuestra culpa colectiva no se origina, según MacCannell, en la expulsión de un paraíso metafísico, sino en el genocidio de nuestros antepasados coetáneos, nuestros salvajes, que hemos llevado a cabo durante miles de años. Un genocidio que acaba de completarse. Con los supervivientes de ese asesinato sistemático e intermitente se ha realizado una asimilación que pasa por el turismo. Éste ocupa el espacio entre lo primitivo y lo moderno, convirtiéndose en generador de relaciones económicas con los supervivientes étnicos o culturales y en una mensajería instantánea de los parabiens del capitalismo global. Si la historia del hombre y la occidentalización del mundo están marcadas por ese sentimiento inconsciente y colectivo de culpa, la



**LAS HORAS
FINALES
DEL POETA**
A TRAVÉS
DE RAMÓN
RUIZ ALONSO,
SINIESTRO
PERSONAJE QUE
PUSO EN MARCHA
SU ASESINATO

EL CRIMEN FUE EN GRANADA

**EL HOMBRE QUE DETUVO
A GARCÍA LORCA**

IAN GIBSON
AGUILAR. MADRID, 2007
232 PÁGINAS, 18 EUROS

MIGUEL GARCÍA-POSADA

Más allá de las miserias de la historia, incluyendo las horribles de Jorge Luis Borges, el hecho incontrovertible es que, rebasados ya los 70 años del asesinato del gran poeta, el trágico episodio de Víznar sigue conmoviendo al mundo. Con acentos del viejo *Romancero*, Antonio Machado se lo comunicó al mundo («El crimen fue en Granada») en versos tan justicieros como hermosos. Víznar está inscrita en la conciencia universal como lugar del sacrificio de uno de los más grandes poetas de todos los tiempos, cuyo fin se ha convertido en paradigma del martirio de su pueblo y del adverso destino de la inocencia en el siglo XX. Como Kafka, Lorca es ya portavoz privilegiado de la conciencia trágica del mundo (de su belleza umbría, en su caso) y su vida y su obra siguen estando vigentes, según viene a demostrar este libro, con el que Ian Gibson remata su trayectoria de investigador lorquiano, que comenzó en 1971 con su ya clásica obra sobre la cuestión.

PRIMER CULPABLE. Libro este que se inscribe en la reciente serie de publicaciones sobre las últimas horas del poeta: la edición abreviada del diario de Agustín Penón, el primer investigador concienzudo del crimen, a cargo del propio Gibson (1990); la edición completa de esa obra debida a Marta Osorio (2001); la biografía de Leslie Stainton (1999; traducción española: 2001); la novela de Gerardo Rosales (*El silencio de los Rosales*, 2002); y la noticia documentada sobre los infortunados que acompañaron al poeta en su martirio, un maestro nacional y dos banderilleros (*Los «paseados» con Lorca*, 2007). Con expectación se aguarda la biografía de la familia Lorca debida a Miguel Caballero y Pilar Góngora.

Y hay que agregar la existencia de al menos dos películas sobre el crimen: una norteamericana y bastante desafortunada, interpretada por Andy García, y el interesante documental *El mar dejó de moverse*, de Emilio Ruiz Barrachina (2006). Estas últimas investigaciones vienen a poner de relieve un hecho que la memoria popular granadina había cifrado en la frase «A Lorca lo mataron sus primos», que Gibson acepta en esta obra sobre el siniestro personaje que puso en marcha la vil muerte de Federico: Ramón Ruiz Alonso. Él fue el primer culpable del execrable crimen. Gibson, que se entrevistó con él

en los años sesenta y dio datos muy valiosos sobre su persona tanto en su primer asedio a la cuestión (1971) como en su biografía del poeta (1987, vol. II), ilumina ahora con profusión documental y factual la peripecia existencial del sombrío personaje: un ultraderechista, diputado de la CEDA, personalidad rencorosa y deseosa de subir en la escala social (José Antonio Primo de Rivera lo llamó el «obrero amaestrado»), demagógica y populista, que no calculó las consecuencias de su acción, que acabó por borrarlo de la escena política (el topoderoso Riduejo de la Guerra Civil se negó a saludarlo), pero que contó –importa retener el dato– con la protección efectiva del Régimen, como acreditada que, cuando en 1967 lo entrevistó Gibson (la entrevista publicada en el 71 vuelve a editarse ahora), lo recibió en un despacho del CSIC.

Consciente él como nadie de tal protección y de su responsabilidad personal en los sucesos de 1936, abandonó España poco después de

**LAS ÚLTIMAS INVESTIGACIONES
EVIDENCIAN UN HECHO QUE LA
MEMORIA POPULAR GRANADINA
HABÍA CIFRADO EN LA FRASE
«A LORCA LO MATARON SUS
PRIMOS»**

la muerte de Franco. Pero tras su espesa retórica, que subrayaba el hecho de que él se «limitó» a poner a Lorca a disposición del gobernador civil, lo que contradice el que testigos presenciales aseguraran haber visto la denuncia contra el poeta escrita y firmada de su puño y letra, latía, sin embargo, una verdad profunda: Ruiz Alonso fue el primer verdugo de Lorca, pero no el único.

«NÚCLEO DURO». Aunque integrista de raíz, que abominaba de la persona y obra del poeta, a quien, llegado el caso, habría ejecutado con agrado (gustaba de las ejecuciones; asistió «cristianamente» a algún reo en la cárcel de Granada), «obrero amaestrado» al fin, cumplió con las órdenes que le dictaron sus poderosos correligionarios de Acción Popular, su «núcleo duro» –dice Gibson–, gentes de superior rango social y enemigas del poeta por razones ideológicas –dato esencial que no conviene olvidar–, y de su padre, Federico García Rodríguez, cuya prosperidad envidiaban, máxime en un hombre de convicciones liberales como era él. Entre esas gentes se encontraban algunos parientes lejanos del poeta, los «primos» de la memoria popular. ■

posmodernidad nace de la negación de una culpa concreta y reciente: la de los campos nazis y la bomba atómica norteamericana.

EXPERIENCIAS DE CAMPO. Aunque la teoría predomine sobre la práctica en este volumen, MacCannell utiliza sus experiencias de campo como trampolines para la elaboración de las ideas y la crítica textual. Así, recorre el condado de Orange, donde detecta el totalitarismo democrático de *alto standing*; analiza la compra de la comunidad de Locke, California, por parte de una empresa de Hong Kong para construir, en el lugar donde viven los últimos descendientes de los trabajadores chinos de los ranchos de Central Valley, un parque temático étnico; disecciona el Memorial de los Veteranos de Vietnam en Washing-

ton; o explica por qué no fue a Disneylandia, cuyos animalitos suplantaron a los tótems de las culturas aniquiladas del territorio ahora ocupado por montañas rusas.

«La energía que los postmodernos malgastan hablando de “la muerte del sujeto” debería re canalizarse hacia un estudio crítico del marco institucional de las decisiones de matar como cuestión política nacional, en nombre del Estado o en nombre de la “democracia”», escribe MacCannell, quien nos invita a pensar nuestra época desde el extrarradio de la línea hegemónica que han marcado pensadores problemáticos como Heidegger, Gadamer, De Man o Derrida, situándose –seguramente sin saberlo– en la línea de críticos lúcidos e independientes como el filósofo argentino Juan José Sebreli, el historiador italiano Enzo Traverso o el filólogo francés Jean Bollack.

Las sombras del postestructuralismo se confunden con las luces de neón de Las Vegas. Para viajar por los textos y por las ciudades de nuestra época, como post-turistas o neónómadas, Dean MacCannell es un guía independiente, absolutamente recomendable. Si pagan el precio del esfuerzo que reclama su lectura, no se arrepentirán. ■

PARA VIAJAR POR LOS TEXTOS Y CIUDADES DE NUESTRA ÉPOCA, COMO POST-TURISTAS O NEÓNÓMADAS, MACCANNELL ES UN GUÍA INDEPENDIENTE, ABSOLUTAMENTE RECOMENDABLE